

¿Quién manda en España?

JUAN MANUEL GARCÍA RAMOS

En una de las novelas del escritor checo Milan Kundera, *La inmortalidad*, publicada en español en 1990, el personaje Bernard Bertrand, hijo de un diputado, renuncia a seguir los pasos políticos de su padre, porque en su juventud oyó en las noticias de una radio que en una catástrofe aérea sobre el océano Atlántico "murieron ciento treinta y nueve pasajeros, de los cuales siete eran niños y cuatro periodistas".

Bernard, con esa especificación informativa merecida por los profesionales de la prensa en el suceso reseñado, comprendió que el político es en la época actual una figura ridícula y decidió convertirse en periodista.

Recordé este pasaje de la novela de Kundera cuando leí el adelanto de las declaraciones del ex director de *Abc*, Luis María Anson, a la revista *Tiempo* en las páginas dominicales de un diario de tirada estatal.

¿Mandan los periodistas en la España de nuestros días? ¿Son los políticos de esa misma España tan ridículos como los consideraba el personaje de Kundera?

Llevamos una semana de confrontaciones inusitadas entre periodistas, políticos, sectores económicos y financieros y gente de la magistratura.

Representantes de todos los poderes del Estado afilan sus cuchillos, se amagan sin desmayo los contendientes y dejan a la ciudadanía estupefacta con una versión siniestra del funcionamiento subterráneo del Estado social y democrático de Derecho en el que supuestamente vivimos.

La pregunta sin respuesta hasta hoy es la siguiente: ¿Por qué habla Anson ahora en esos términos? ¿Cuáles son las razones para comparecer públicamente con tanto descaro como cinismo? ¿Propósito de enmienda, dolor de corazón? ¿Extorsión de ex altos cargos de los ministerios de Interior del PSOE a punto de ser juzgados y, con probabilidad, sentenciados por el Tribunal Supremo en el primer juicio sobre los GAL? ¿Vanidad de vanidades tras ser coronado académico de la Real Española?

Uno no llega a alcanzar la verdad última de toda esta movilización mediática en torno a unas declaraciones todavía menos comprensibles. La España de nuestros días es un país económicamente correcto, aunque políticamente indescifrable. Todas las espadas de la huestes inquisitoriales y contrainquisitoriales de su tradición, siguen blandidas por las camarillas periodísticas, financieras, económicas, políticas, judiciales, en un desenfrenado combate por demostrarnos a todos que donde dijeron digo quieren decir diego, y que donde hubo fuego, queda algo más que rescoldo.

Anson, a la hora de automaquillar sus primeras declaraciones, acude a la semántica y nos invita a todos a establecer las diferencias pertinentes entre lo que puede ser una "campana de acoso y derribo" y una "conspiración" —al parecer dirigidas una o la otra contra la línea de flotación del carismático

Felipe González—. Es decir, ha apretado primero el gatillo de su verbo y ahora cambia el blanco al que iban dirigidas sus palabras, tras comprobar el estruendo de las mismas en tantos sectores de la vida pública española, pero sobre todo madrileña, pues esa España a la que nos referimos al principio sigue radicada y centralizada en la capital del Reino.

Hace ya algún tiempo que los trece años de Gobierno felipista se encuentran sentados en los banquillos de los juzgados y lo más grave está aún pendiente de sentencia. ¿Será éste el móvil central de tanta desestabilización?

Es una de las tantas hipótesis que se manejan a la hora de contextualizar la entrevista del ex director de *Abc* en *Tiempo*, pero las páginas y páginas dedicadas por los periódicos a las inesperadas palabras de Anson, los espacios radiofónicos o televisivos producto de las mismas, y la estupefacción producida en la ciudadanía de base, nos lleva más allá a la hora de considerar el asunto.

Estamos cerca de lo que nuestro paisano Benito Pérez Galdós consideraría un "episodio nacional" de la posmoderna democracia española. Cálidos ciertos velos, nos enfrentamos, ni más ni menos, a una desvertebración descomunal de poderes, a alineamientos que transgreden las más elementales normas de la convivencia democrática y, acaso, a lo que uno de los implicados en esta ventolera, Antonio García-Trevijano, definiría como "la gran mentira".

¿Es una gran mentira esta democracia que nos otorgó la Constitución de 1978? ¿Son los partidos políticos, y sólo ellos, los verdaderos protagonistas de la canalización de la voluntad popular y de la participación política, o estamos en manos de clanes de sótano que juegan a interpretar la democracia a través de sus intereses inconfesables e inalcanzables?

Anson, el más apasionado defensor de la monarquía como forma política de Estado, denuncia ahora una pintoresca campaña o conspiración que no duda en rotular de "republicana" ni elude reconocer su vinculación a la misma en labores de alto estado mayor.

Llevo una semana leyendo y oyendo ofensivas y contraofensivas sobre las esperpénticas declaraciones de Anson, y es tal mi hartazgo de tanta verborrea que no llego a comprender cómo me atrevo a escribir esta variación sobre tema tan trillado como enigmático.

Uno mira esas refriegas españolas desde estas Islas y cada vez se siente más alejado de esa vida de la Villa y Corte, donde se habla tan alto para decir cosas tan simples y a veces se echa mano del rumor de sótano para poner en serio peligro la estabilidad de un Estado del que cada vez nos hacen sentirnos más ajenos. Se trata de demostrarnos a todos los que no jugamos en algunos de los bandos contendientes, que los verdaderos poderes ejecutivo, legislativo, judicial, económico y mediático españoles están donde menos nos lo esperamos.